



He aquí la plana mayor de la estación en mi tiempo, tan conocida de todos que no parece que sean necesarias descripciones detalladas, empezando por don Mariano, el Inspector principal, que aparece rodeado de todo el cónclave.

Hay sin embargo detalles significativos que marcan coincidencias o diferencias entre los fotografiados que explican algunos casos o similares. Por ejemplo, Pepe Toribio y Antonio Hernández tienen una rara identidad de elementos pero hay algo imponderable que acredita terminantemente que el primero es un manchegote y el otro un chulillo madrileño de las Injurias, de las Pañuelas o de las Corralas adyacentes y está que ni pintado, algo que es gesto, actitud y movilidad latente de su cuerpo.

Don Manuel Blanco que vivía en casa de don José Belmonte, sin hijos y puso carnicería de vaca en la calle Castelar por cuando Segurita, es de las mismas cualidades pero de otra categoría.

Los demás altos jefes están todos en su papel, no les falta más que el farol.

Hay un contraste instructivo entre los semblantes del yerno y el del hijo de Caspirre.

Es altamente explícita la cara velazqueña de Encabo y también en otro sentido la de Vilaplana, el Ayudante, cuyo recuerdo más perdurable es el de la huerta con el nombre de su hija Conchita.

Y don Mariano, cómo estaría de regocijado que después de jubilarse fue cuando aprendió a tocar el acordeón, que es instrumento para barrigones.

Todos los agrupados, cual más, cual menos, tienen su nota de comicidad conocida e hilarante, pero cualquiera se atreve a quitarle la gorra con el respeto que infundían, base de un disciplinado vivir.

Falta Barajas, con la escoba, detalle imperdonable en don Mariano cuya figura disminuye bastante sin su compañía, ya que sólo con él podía exteriorizar su genio ruidoso pero inocente. Don Quijote no hubiera podido vivir sin Sancho ni Bertoldo sin Cacaseno.